

Academia de Héroes

Agustina Pettinato



Capítulo 1

Prólogo

Prisión de Máxima Seguridad de Campo Estrella, provincia de Buenos Aires, Argentina, año 2006._

La cárcel de máxima seguridad estaba ubicada a unos 300 km al oeste de la ciudad de Campo Estrella. Para llegar allí se necesitaba tomar una ruta llena pozos sin arreglar, para luego seguir un tramo que directamente no tenía asfalto y era todo tierra.

El camino concluía en un enorme cerco electrificado que era permanentemente custodiado por cuatro guardias a cada lado de la puerta principal; uno de ellos siempre le preguntaba al que recién llegaba cual era el motivo de su visita. Un vez que te dejaba pasar, debías bajarte del auto y caminar todo el trayecto hasta otra puerta del pabellón principal ante la atenta mirada de los francotiradores. Una vez allí un guardia te pedía tu dni y el nombre de la persona que venias a visitar para dejarlo asentado en su computadora.

Tanto el pabellón principal como los siete pabellones circundantes tenían forma pentagonal, los cuales estaban vigilados por más francotiradores en el techo. Además contaban con postes de observaciones las veinticuatro horas.

Todos los perímetros estaban electrificados.

Por su parte, los reclusos eran obligados a trabajar todos los días en diferentes rubros, y solo contaban con dos horas de recreación.

El pabellón central contaba con una biblioteca, una sala de visitas, y una sala de emergencias.

Cuando los visitantes llegaban eran revisados minuciosamente. Sólo se permitía el ingreso de comida, ropa y libros.

Una tarde de verano llegó a la unidad penitenciaria un vehículo color gris de cuatro puertas, que luego de pasar la primera barrera se dirigió hacia la entrada principal.

De ahí descendió una mujer de unos treinta años, de tez caucásica, ojos celestes, y largo cabello rubio ceniza. Tenía puestos unos jeans claros, una remera blanca con el estampado de un tigre y una campera haciendo juego.

Entre sus manos llevaba una bolsa con cuatro recipientes herméticos con comida.

Le entrego su documento de identidad al oficial de la ventanilla, quien la

recibió con una sonrisa.

—Por lo que veo su nombre es Italia Boticcelli—dijo el oficial: se trataba de un joven de unos veinticinco años, tez morena, tanto sus ojos como su cabello eran negros.

—Sí—afirmo la mujer.

—¿A quién viene a visitar, señorita Boticcelli?

—A Burak.

El oficial se detuvo en seco unos minutos, no se daba crédito a lo que acababa de escuchar.

¿Cómo era posible que una mujer tan hermosa, a su parecer, querría ir a ver a ese hombre? ¿Qué clase de relación tendría con ese criminal?

—¿Pasa algo oficial?—pregunto la recién llegada.

—Eh.. no..disculpe. Me distraje un segundo—respondió el joven bastante nervioso—.El oficial Martínez la acompañará, pase por favor. Y disculpe por lo de antes.

—No pasa nada. Que tenga un buen día.

El muchacho la observo marcharse, y para sus adentros dijo "que desperdicio" en alusión a la visita de Italia a Burak.

El oficial Jorge Martínez era un señor de unos sesenta años, que alguna vez participó del allanamiento de unos traficantes en el barrio Slave de la ciudad de Hueco Negro, cerca de Paraná. Tenia la tez café con leche, el cabello castaño tirando a lo canoso, y debajo de sus ojos verdes se podían observar unas ojeras causadas por las largas jornadas sin dormir.

De igual manera ya pensaba en retirarse, y así dedicarse a lo que más le gustaba que era la pesca y pasar tiempo con sus nietos que vivían en Mar del Plata.

Luego de una caminata bastante larga arribaron a una puerta maciza donde Jorge ordenó que les abrieran. Con amabilidad le indicó a Italia que se sentara en una de las mesas cercanas a la pared.

Al cabo de unos cinco minutos otra puerta se abrió de par en par dejando pasar a un hombre en sus treinta años, de hombros anchos y contextura fuerte, de tez caucásica, ojos color ámbar y cabello lacio color castaño oscuro. La mitad de su cara estaba vendada a causa de una enorme quemadura por ácido.

Tenia puesta una camisa de botones negra y un pantalón largo color caqui.

Burak llevaba preso nueve meses exactos pero fue el tiempo suficiente para ganarse una reputación entre sus compañeros. Era un líder nato. Uno de los tres guardias que lo escoltaban le quitó las esposas y lo hizo sentarse delante de la mujer.

Una vez que quedaron solos, comenzó el dialogo entre ellos.

—Italia, ¿que haces acá?—preguntó el preso sorprendido.

—Vine lo más rápido que pude apenas me enteré pero el hospital se tomó

su tiempo para darme el traslado, y convencer a mi marido tampoco fue sencillo—respondió la mujer mientras le pasaba la bolsa con comida—.Te traje tu comida favorita, la de acá debe ser horrible.

Burak se pasó las manos por la cara en señal de frustración y resopló antes de hablar:

—Gracias por ser la única que está de mi lado. Sos lo único que me queda.

—No tenés nada que agradecer. Yo siempre voy a estar para lo que necesites.

—Contame de "eso".

—Pueden nacer en cualquier momento, una de mis compañeras me va avisar si algo pasa. Del "otro" no tengo noticias.

—Mejor. No quiero saber nada.

Italia notó el odio en la voz de Burak.

—¿Te dijo algo tu abogado?—quiso saber la mujer.

—No mucho. Como mínimo pueden darme 25 años de prisión. No sé para que mierda le pago si no hace nada pero no me sorprende.

—El que te hizo esto debe tener sus contactos en la policía.

—Quizás sí. Ahora no tengo cabeza para otra cosa. Pero prometo devolverte todo lo que haces por mi.

—Me basta con que te comas toda la comida que traje; el postre es lo mejor de todo iel tiramisú de la abuela!

—Gracias, es mi favorito.

Burak e Italia se conocían desde niños, les bastaba con solo mirarse para entender el mensaje del otro.

Y ese día no era la excepción.

En ese momento, el guardia le informó a la mujer que el horario de visita había concluido, y que tenía que retirarse.

Italia se despidió de su mejor amigo, y le prometió que volvería a visitarlo la próxima semana. Burak le devolvió el gesto diciendo que la esperaba.

Después de unos minutos, Italia salio de la penitenciaría, se despidió cortésmente del oficial al que le presento su dni; subió a su auto y se marchó del lugar.

Ya en la ruta de regreso a su casa, la mujer esbozo una sonrisa de satisfacción.

Llegó a la ciudad al rededor de las siete de la tarde, si bien hacia calor no era tan agobiante como las semanas anteriores.

Decidió pasar por su casa antes de irse al hospital donde ejercía como médica, para poder bañarse y comer algo.

La vivienda de la familia estaba ubicada en la zona céntrica en el octavo piso. Tenia dos habitaciones de las cuales una de ellas era ocupada por la pareja mientras que la otra era ocupada por los dos hermanos.

Ingresa su auto en la cochera, salio del garage y subió a su piso correspondiente.

Al entrar a su casa notó que todo estaba muy silencioso pero no se

preocupó ya que su marido y sus hijos habían ido a visitar a los padres del primero por una semana a Mar del Plata. Y fue gracias a eso que pudo ir a visitar a Burak, sin tener que aguantar los ataques de celos de su esposo, quien siempre le reprochaba que ella estuviera siempre al pendiente de un preso homicida.

Burak era su mejor amigo, ¿por qué no podía preocuparse por él?

Con eso en mente se fue a bañar, se lavó el pelo con un shampoo y crema enjuague a base de pepino y flores silvestres, luego se pasó jabón de jazmín por el cuerpo.

Ese día optó por vestirse con un pantalón negro recto, unas sandalias marrón, una camisa blanca y un saco negro. Luego se hizo una media cola, y se maquilló en tonos pasteles.

Su merienda fue a base de tostadas de miga con mermelada y queso, y un café con leche.

Hizo un rato de tiempo mirando los chimentos de la tarde, y se marchó a su trabajo.

El Hospital Integral Ross quedaba a unos diez minutos en auto desde la casa de Italia.

Se trataba de una enorme edificación de tres pisos fundada a principios de los '80 por dos médicos reconocidos en el área de las neurociencias: los hermanos Scott Ross y Richard Ross.

El departamento de maternidad estaba ubicada en la segunda planta del ala este.

Italia saludó a todos con amabilidad apenas ingresó, y se subió al ascensor para ir a su piso correspondiente, ingresó a su consultorio y se puso su bata de médica.

Claudia, la jefa de enfermeros, le dio el informe sobre la paciente de la habitación 205 que había ingresado la noche anterior a causa de los dolores.

Italia reconoció el nombre en la ficha médica: Mercedes Bora.